

# Liminar

**E**ntre los miles de papeles y documentos que guarda la Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez de la Universidad de Puerto Rico —verdadero tesoro de la poesía, en su mayor parte todavía inexplorado— existe un archivo al que casi nadie ha prestado atención. Se trata de varios cartapacios que guardan las cartas y los telegramas que Juan Ramón y Zenobia recibieron el 25 de octubre de 1956 y durante las semanas y meses siguientes, con motivo de la concesión del Premio Nobel de Literatura al poeta.

Fue en una de mis últimas visitas a la Sala, para trabajar en la edición del epistolario completo de Juan Ramón Jiménez —cuyo primer volumen se ha publicado recientemente en estas ediciones de la Residencia de Estudiantes—,<sup>1</sup> cuando me di cuenta de la existencia de ese archivo. Aún recuerdo la mezcla de perplejidad y de asombro al hojear en su interior. En él se guardan más de mil cartas y casi cuatrocientos telegramas que empezaron a llegar, como una verdadera «avalancha» —en gráfica expresión con la que Francisco Hernández-Pinzón, sobrino del poeta, lo consignó en su diario de esos días— desde el momento mismo en que la noticia del premio se hizo pública en el mundo entero.

Son cartas de familiares, amigos, escritores, artistas, filósofos y políticos, aunque también en muchos casos se trata de mensajes de admiración y solidaridad de gente anónima —emocionante testimonio de esa «inmensa minoría» de lectores de la que hablara Juan Ramón—, que quisieron acompañar al matrimonio

<sup>1</sup> Juan Ramón Jiménez, *Epistolario I (1898-1916)*, edición de Alfonso Alegre Heitzmann, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2006.

en los días en que la gloria última del poeta llegó unida al trágico dolor que la borraba: la enfermedad y muerte de Zenobia, su compañera durante cuarenta años —veinte de ellos de exilio— de vida intensa, azarosa y plena, que falleció el 28 de octubre de 1956, tres días después de que le fuera notificada oficialmente al poeta la concesión del Nobel.

Por su contenido humano, intelectual y biográfico, y por ser en su práctica totalidad inéditos, enseguida pensé en la importancia que tendría publicar los telegramas y las cartas que, por distintas razones, fueran de mayor interés. A partir de esa idea hice una selección de cuarenta y cinco telegramas y ciento cincuenta y cinco cartas que se publican en la segunda parte de este libro. Como es lógico, dicha selección reúne, sobre todo, grandes nombres de la cultura de la época que escribieron al poeta y a su mujer al saber la noticia: escritores extranjeros de otras lenguas como Ezra Pound, Saint-John Perse o Nikos Kazantzakis, y del ámbito hispánico, como José Lezama Lima, Jorge Luis Borges, Gabriela Mistral o Alfonso Reyes; escritores, artistas y políticos españoles del exilio, como Alberto Jiménez Fraud, Rafael Alberti, Esteban Vicente, Jorge Guillén, Francisco Bore, Diego Martínez Barrio, Indalecio Prieto y las familias de Federico García Lorca, Enrique Díez-Cane-do o Pedro Salinas, así como aquellos otros que se quedaron en España o regresaron a ella tras la guerra civil, como Menéndez Pidal, la familia de Ortega y Gasset —el filósofo había fallecido el año anterior—, Gerardo Diego, Carmen Conde, J. V. Foix, Carles Riba, Xavier Zubiri, Benjamín Palencia, Melchor Fernández Almagro, y escritores y poetas más jóvenes como Ricardo Gullón, José Luis Cano, Julián Marías, José María Valverde, María Victoria Atencia, Gabino Alejandro Carriedo o Pino Ojeda, entre muchos otros.



Existe una cláusula tácita en la historia del Premio Nobel de Literatura que recomienda la mayor discreción en el proceso de propuesta de candidaturas. Este principio de prudencia se convierte en obligación de estricto secreto en lo que se refiere a las deliberaciones de la Academia Sueca y a los documentos y actas que se guardan en sus archivos, que no pueden ser consultados hasta que se cumplan cincuenta años de la concesión de un premio. Es ésta la razón por la que, aunque no falten nunca filtraciones o rumores más o menos fundados, no se pueda hablar durante todo ese tiempo de certidumbres en lo que se refiere a cuál fue el proceso por el que se llegó a una decisión y qué circunstancias entraron en juego.

Hay, no obstante, una historia que sí se puede investigar, y en gran medida desvelar, sin necesidad de esperar tanto tiempo. Para que un autor sea tenido en cuenta en Suecia y pueda llegar a alcanzar el Premio Nobel es necesario que su nombre cruce las fronteras de su propio país, sus libros sean traducidos a distintas lenguas, se vaya creando una opinión generalizada favorable a que le sea concedido el galardón y, sobre todo, su obra llegue a ser conocida y traducida en la patria de Alfred Nobel, fundador del premio. Además de todo ello, cada candidatura ha de ser propuesta oficialmente a la Academia Sueca a partir de los estatutos básicos dictados por la Fundación Nobel y cumpliendo unos plazos estrictos.

Con el ánimo de reconstruir en la medida de lo posible ese proceso, busqué y estudié en los fondos de la Universidad de Puerto Rico la correspondencia de esos años de Zenobia y Juan Ramón, así como otros materiales que tuvieran que ver con la proyección y reconocimiento internacional del escritor español; las peticiones públicas de un Premio Nobel para él, la proyección internacional de su obra, y todo lo relacionado con las traducciones de su poesía a otras lenguas, en especial al sueco. En la Sala

Zenobia y Juan Ramón Jiménez se guardan, además, importantes documentos relacionados con la concesión del Premio Nobel, esenciales para dicha reconstrucción: el telegrama con el que la Academia Sueca comunicó al poeta la noticia, y otras misivas posteriores de la misma institución; el diploma y la medalla que el rey sueco entregó en la ceremonia solemne del 10 de diciembre de aquel año; las palabras que Juan Ramón escribió para ser leídas en dicha ceremonia, y otros muchos documentos —artículos, informes, conferencias—<sup>2</sup> que me han permitido adentrarme más y más en ese camino y en lo que supuso en los años finales del poeta español y su mujer la consecución del máximo galardón que un escritor pueda recibir.



Cuando en diciembre de 1956 el rector de la Universidad de Puerto Rico, Jaime Benítez, recogió en Estocolmo, por deseo expreso de Juan Ramón Jiménez, el Premio Nobel de Literatura, uno de los mensajes que transmitió fue el siguiente: «Juan Ramón quiere que en su nombre dé las gracias a quienes en Suecia han contribuido al conocimiento de su obra». El poeta de Moguer, consciente de que el premio no hubiese sido posible sin que su obra se conociera en el país que lo otorgaba, agradecía así su labor a los traductores, editores y lectores de su poesía en ese país. Jaime Benítez sólo nombró, como ejemplo, a una de esas personas a las que Juan Ramón se refería en abstracto: el poeta y académico Hjalmar Gullberg, quien efectivamente fue personaje clave, como veremos, en la divulgación de la obra de Jiménez en Suecia y, al mismo tiempo, su mayor valedor dentro

<sup>2</sup> Reúno los documentos más importantes relacionados con el tema en la tercera parte de este libro.

de la Academia. Hubo, no obstante, otros nombres de igual o similar importancia que casi no han trascendido. Al adentrarnos en esta historia, esos nombres han ido revelándose. Descubrimos, además, a partir de esta investigación, que los que contribuyeron a la difusión de la obra de Juan Ramón en Suecia no fueron sólo los que en ese país, de una forma u otra, la dieron a conocer, sino que el proceso rebasa esas fronteras y se remonta atrás en el tiempo. Todo el esfuerzo que nunca hizo Juan Ramón para que su obra fuese públicamente reconocida —al contrario, el poeta español renunció siempre a cualquier propuesta de homenaje—, lo hicieron en cambio algunos de los que conocían y admiraban su poesía. Así, el deseo de Juan Ramón de mostrar su agradecimiento a aquellos que contribuyeron decisivamente al conocimiento de su obra, obliga a ponerles nombre, pues ellos son, en definitiva, por derecho propio, los verdaderos protagonistas de la historia que aquí se relata.

El azar ha querido que cuando este libro estaba ya muy avanzado en su gestación se cumplieran cincuenta años del galardón a Jiménez, lo que me ha permitido acceder libremente a los archivos de la Academia Sueca y consultar documentos celosamente guardados durante medio siglo.

Todos estos factores unidos han contribuido a hacer de este trabajo una verdadera crónica, en la que paso a paso he intentado desvelar las circunstancias esenciales que se dieron para que la Academia Sueca en 1956 otorgara el premio que consagraba como universal a un poeta que por la dimensión de su obra ya lo era.



Quiero dejar constancia aquí de mi agradecimiento a todas aquellas personas que han hecho posible este libro. Debo citar en primer lugar a Carmen Hernández-Pinzón, sobrina nieta de

Juan Ramón Jiménez, pues sin su ayuda y confianza constantes este libro no hubiera visto la luz, así como a su padre Francisco Hernández-Pinzón, a cuyo testimonio tanto debe esta crónica. Asimismo, agradezco a la Residencia de Estudiantes, a Alicia Gómez-Navarro —su directora actual— y a José García-Velasco —su anterior director— la ilusión con la que han acogido y apoyado la idea y la realización de este proyecto desde su inicio.

Debo mencionar aquí también —aunque la calidad de su trabajo habla por sí misma— mi agradecimiento especial a José Antonio Expósito por su magnífica labor en la anotación de las cartas y telegramas que se reúnen en la segunda parte de esta edición.

Del mismo modo, este trabajo no hubiera sido posible sin la colaboración constante y rigurosa, en las distintas fases de investigación, documentación y revisión, de Victoria Pradilla; para ella todo mi agradecimiento. Inestimable ha sido también la labor de Carolina Moreno, no sólo en la traducción de la mayor parte de los textos suecos que se citan total o parcialmente en la primera y tercera partes del libro, sino en las diferentes gestiones en el ámbito cultural sueco, necesarias para la realización de este trabajo.

Como en otras ocasiones, gran parte de la preparación de este proyecto la llevé a cabo en la Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez de la Universidad de Puerto Rico, por ello quiero agradecer a su anterior directora, Elsa Rodríguez, y a la actual, Lily Busquets, así como al personal de la Sala su colaboración y ayuda.

Mi reconocimiento también a Belén Alarcó, directora de publicaciones de la Residencia de Estudiantes, por su atención permanente hacia mi trabajo, a Rosa Benavides por su colaboración en la búsqueda de material gráfico esencial, y a Montse Lago por el extraordinario cuidado en el diseño de esta edición. Fundamental ha sido la atenta labor de seguimiento, lectura y revisión

de los textos que, con infatigable rigor y cordialidad, ha realizado Isabel Morán, y la minuciosidad de Trilce Arroyo en las correcciones últimas del libro.

Asimismo quiero expresar mi agradecimiento a la Academia Sueca y a Carola Hermelin, asistente del secretario del Comité del Nobel, cuya atención y ayuda han sido fundamentales para mi investigación; a Yvonne Ruz por sus gestiones en el archivo de la Academia Sueca en Estocolmo; a la Biblioteca del Congreso de Washington y a Kevin Leonard, que consultó en mi nombre los archivos de esa institución; a Dag Häggqvist que me ha proporcionado datos muy útiles sobre su padre, Arne Häggqvist; a Pierre y Roland Dethorey, hijos de Ernesto Dethorey; a Fausto Roldán de la Fundación Bartolomé March de Palma de Mallorca, a Graciela Palau de Nemes y a Carmen Benito de la Universidad de Maryland, a Eric Southworth de la Universidad de Oxford, así como a Antonio Campoamor, Soledad González Ródenas, Laura García Lorca, José Luis Guerrero, María Luisa Heitzmann, Albert Manent y Cristina Sánchez Krellenberg.